

TIERRA DE DRAGONES

Javier Ramírez Viera



Escritia.com

JavierRamirezViera.com

Amazon.com y en formato KINDLE

2013, Las Palmas de Gran Canaria, España.

Printed in USA-Impreso en Estados Unidos.

Todos los derechos reservados.

Quedan terminantemente prohibidas, sin la autorización escrita del titular del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares de la misma mediante alquiler o préstamos públicos.





A mi amigo Israel;
él sí que es un auténtico domador de dragones.

TIERRA DE DRAGONES

Javier Ramírez Viera

Capítulo primero

“En primavera, volveremos a la tierra que nos vio nacer”.

Así se lo había prometido a su ejército. Dos mil hombres. Ni uno más, ni uno menos. Algunos, acomodados guardias de palacio que habían elegido otro destino militar en busca de fortuna y gloria. Muchos, una soldadesca heredera de tiempos de bien. Los que menos, algunos caballeros de casas viejas, así como viejos y gordos, holgazanes, que habían respondido a la llamada alentados por la codicia...

Mil escuderos, monturas, cocineros, exploradores, músicos, doctores y algún brujo sin verdaderos poderes... y hasta un carromato con tres prostitutas, tan aventureras como desgraciadas en su destino; fueron presas de los ladrones de caminos, cuando decidieron devolverse al hogar defraudadas de tanta miseria.

Hoy todas aquellas promesas en días de la partida quedan congeladas en la nieve. Llega un momento en que los cien hombres que vuelven de ese tormento ya no miran atrás. Muchos han caído en alta mar, en el naufragio. Antes que eso, en las escaramuzas fronterizas con bestias que jamás habían conocido, las verdaderas criaturas de cuentos de cuna, los monstruos de las historias para dormir de las abuelas cuando todos eran niños.

—Haga un recuento, capitán —dice Dehoán. Se deja caer, como casi todo el mundo. Otros van

llegando ahora, desplomándose... mientras que es muy cierto que el mismo heredero al marquesado no siempre es quien va a la cabeza. Tampoco quien decide cuándo se ha de parar, o qué caminos hay que seguir. Su liderazgo se ha ido diluyendo con los días de penuria, mientras son su explorador y un caballero de antaño quienes van tomando las riendas en la penosa vuelta al hogar.

El capitán obedece, cansino. Apenas tienen fuerzas o alimentos para intentar volver a casa. Hacer un recuento de efectivos se hace tan al límite del rigor humano, como descorazonador.

—No cuente las muertes, capitán —dice el caballero. Su barba está salpicada de granos blancos. De nieve. Los cuerpos son bultos grises amasados unos contra otros, buscando calor. —No vale la pena —advierde.

El capitán se tumba. Quizá más tarde levante la cabeza, y quizá pueda ir resolviendo ese extraño don que va aprendiendo y para intuir de una sola mirada que poco a poco son menos en número a través del cada vez más menguante cúmulo de cuerpos.

—Deberíamos mantener la disciplina —dice Dehoán, al que muchos ya empiezan a tildar de necio.

—Ahora mismo no somos hombres, Excelencia. Somos bestias de carga intentando volver a casa. Bestias de carga de nuestros propios cuerpos.

Bestias... Algunas van desplomándose por el camino, entre el bosque helado. Sólo los más fuertes han sobrevivido. Entre éstos, el caballero. El único

que queda. De doce, sólo el de más avanzada edad, Su Señoría Belood de Izvart, ha mantenido el coraje suficiente como para estar ahí, por encima de la voluntad de jóvenes y valientes.

...Quizá demasiado valientes. Quizá demasiado cabezota. Así se antoja ahora el joven Dehoán de Mowa, heredero al marquesado de Mowa, fronterizo territorio habituado a los viejos conflictos. Seguramente, sus fantasías de juventud fueron demasiado lejos. Quizá atendió con demasiado ímpetu las líricas de palacio, cuando fue sorprendido por las riquezas y el poder que vio en La Corte, en El Imperio.

—Tenía que haberle dejado morir —dice el caballero. —Juré luchar esta causa, pero la causa se desvaneció cuando su propósito fue un imposible.

—Lo hemos conseguido, Señoría —dice Dehoán. Sí, es cabezota. —En verano, las tropas del otro lado de Meritia coparán las playas.

—Ja —se burla el caballero. —¿Aún cree que quedará oro en el marquesado para pagarlas? ¿Aún cree que queda reino libre de parásitos para unirse a su desquiciado sueño?

Dehoán no responde. Le tiemblan las manos. Los pies son ahora mismo una roca sólida. Le duele todo... pero sigue siendo un cabezota:

—Vendrán... Eso es suficiente. Ya pensaré algo para animarles a la guerra.

—La guerra... La guerra ya ha terminado, Excelencia. Y no hemos estado en ella. Hemos estado en tierra de nadie, muriendo gota a gota por las inclemencias del cielo. Ya ha visto el bloqueo naval. Ya ha visto que algo ha cambiado en los mares libres.

—No atenderé habladurías, Su Señoría. Una panda de piratas no puede haber pisoteado nuestras tierras.

—¿Una panda de piratas...? —el caballero suspira. Y no volverá a hacerlo, porque al tomar ese aire se le clavan mil dagas heladas en los pulmones.

—Arriba, Mi Señor —dice el explorador. ¿Dónde diablos se había metido? Desapareció ayer, y, tal como se fue, reaparece de la nada, como una sombra. ...No es la primera vez que quienes aún tienen ganas de comentar algo discuten si ha desertado. Tiene cualidades para ello, para avanzar diez veces más aprisa que cualquier infante, para sobrevivir sin agua y sin comida, para saber encontrar el camino entre desfiladeros y bosques sombríos. Es un hijo de la nada, una criatura de las montañas, de La Tierra de los Demonios, cobijo de brujas y maleantes, y otras bestias... las de cuento. —Debemos seguir, Mi Señor —advierte. Tiene los ojos azules. Enormes. Con ellos, sobretodo, sabe mirar, ver lo que él llama *los secretos de la naturaleza*, un don maravilloso para saber qué frutas o raíces son comestibles... aunque no las haya visto nunca. Otro de sus legados es la intuición. Sin ella, en mitad de la estepa blanca del norte hubieran estado perdidos. Y es casi un niño...

Delgado, apenas sin cuerpo... Quizá por eso, al verlo ir, la sensación es que flota, más que corre.

—El gobierno que haces de tus funciones me incomoda —dice Dehoán. —Necesito saber dónde están todos mis hombres en todo momento.

—¿Bromea, Excelencia? —dice el caballero. —No le he visto devolverse por ninguno de los que han caído.

—Hicimos ese pacto, Su Señoría. Eso ya ha quedado más que zanjado.

—No lo discuto... Sólo me preocupa su confusa visión militar. No es más, Excelencia.

—Señoría... —y Dehoán se pone en pie, a duras penas. —Su Señoría Belood de Izvart... os doy mi eterno agradecimiento por vuestros servicios — parece delirar. —Como he notado vuestra desidia hacia mis convicciones, os libero de vuestro cargo de conciencia; sois libre. ¿Qué habéis encontrado, Liam? —le pregunta hora al explorador.

Éste aún está confuso. La tropa mira ahora mismo el fuego cruzado entre el heredero al marquesado y el hasta ahora más fiel, y sobretodo útil, caballero. La tensa situación no alivia el frío, pero despierta las mentes.

—Información, Mi Señor —dice Liam, señalando la distancia. Sólo él sabe dónde, pues siguiendo su dedo lo único que hay por intuir es más y más bosque, que desde hace semanas se antoja interminable.

—Información...

* * *

Liam ha encontrado una cabaña.

Parece en mitad de la nada, pero allí, en La Tierra de los Demonios, nada está en mitad de la nada. Ésa es la impresión que tienen los foráneos, tan perdidos. En cambio, los habitantes de esas tinieblas se conocen, se rehúyen... y han aprendido a tener una convivencia relativamente pacífica.

—Debemos pagar, Mi Señor. Unas pocas monedas serán suficientes —explica Liam, cuando el mundo entero parece haberse convertido en aquella cálida luz que sale por las rendijas de las ventanas de madera; lejos, una cabaña plantada adonde termina el bosque.

Poco a poco, los soldados van acumulándose en la fenomenal vista; no ven una construcción desde hace más de un par de lunas. Suena a un castillo de hadas. Una chimenea... quizá un puchero... un suelo cálido, en madera... o una roca que se pueda calentar echando encima unas brasas.

—Pagaremos el cobijo —dice Dehoán.

—O lo exigiremos —dice el caballero, con una mano sobre la empuñadura de su espada, por instinto.

—No, no debemos hacerlo. Apenas entrar, y salir —recomienda Liam. —Es una bruja. No

Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

